

LAS CINCO MIRADAS DE MANOLO Y MARÍA. UN ENSAYO POCO ACADÉMICO

JAVIER DE LA TORRE DÍAZ¹

RESUMEN: El artículo estudia el valor profundo de la mirada al otro al comienzo de la vida desde la psicología, en el crecimiento de la vida desde algunos autores de la filosofía y algunos rasgos de la sociología y en el final de la vida desde el acompañamiento a la persona en un caso real. En este final de la vida podemos observar cinco momentos en la evolución de la mirada, algunos de los cuales son la otra cara de la mirada al comienzo de la vida.

PALABRAS CLAVE: mirada; final de la vida, comienzo vida; psicología; filosofía.

The Five Glances of Manolo and María A Not Very Academic Essay

ABSTRACT: The article studies the deep value of looking at the other at the beginning of life, from the point of view of psychology, during the growth phase of life from the point of view of some authors of philosophy and sociology and at the end of life from the perspective of accompanying the person in a real case. At this end of life, we can observe five moments in the evolution of the gaze, some of which are the other side of the gaze at the beginning of life.

KEY WORDS: gaze; end of life; beginning of life; psychology; philosophy.

1. INTRODUCCIÓN

Mirar es algo inmediato, espontáneo, natural. Basta con abrir los ojos y uno percibe un mundo de luces, colores, sombras, objetos y personas que nos rodean. La mera percepción visual es un asunto sencillo. Todo un mundo lleno de vida nos entra por el sentido de la vista, nos visita y llama a la puerta de nuestras pupilas. Este abrir los ojos y recibir el mundo es el comienzo de nuestro conocimiento.

Pero mirar no es saber ver. El conocimiento no es igual que la sabiduría. El genio jesuita Baltasar Gracián ya nos lo expresó con su proverbial

¹ Universidad Pontificia Comillas. Correo electrónico: jtorre@comillas.edu.

concisión y agudeza: «No todos los que ven han abierto los ojos, ni todos los que miran ven.» (Gracián, 2003, p. 228)

Ver es tener grabada en el rostro una mirada orientada, dirigida, concentrada, atenta, una mirada buena. No ve quien es gobernado por una mirada desorientada, disipada, desviada, desconcentrada, despistada, evadida. Ver requiere mirar bien, dirección, orientación, un cierto movimiento más allá de la mera respuesta al estímulo, más allá del parpadeo intermitente. Por eso Platón reconoce que con la vista se trata «de procurar que se corrija lo que no está vuelto adonde debe ni mira adonde es menester» (*República*, VII, 518 d.).

La vista tiene un alma, un *anima*, un movimiento del espíritu, una inclinación. Ver es algo más que abrir los ojos y recibir descansadamente el mundo. Ver lo que se tiene delante de los ojos requiere algo más que mera pasividad del que habita ante la pantalla del móvil, del ordenador, de la televisión o del mundo. Ver supone un movimiento interior que sabe mirar ampliamente, mirar distanciándose, mirar aproximándose, mirar con atención, dejar de mirar, elevar la mirada, bajar la mirada, traer la mirada, apartar la mirada, concentrar la mirada, desviar la mirada, descansar la mirada, volver a mirar. ¡Hay tantos movimientos en la mirada! Ver, por lo tanto, es una actitud vital más que intelectual, un acercamiento a la realidad más que una claridad mental, una aproximación integral más que una indiferencia distanciada (Esquirol, 2006).

2. NACER A LA MIRADA

Desde el nacimiento, la mirada nos funda. Nacemos con los ojos abiertos, pero sin mucha capacidad de ver. De entre ese mundo que amanece, en los primeros años atendemos preferencialmente a los ojos de los rostros. Ese contacto visual entre seres humanos en el amanecer de la vida tiene profundas consecuencias emocionales y mentales en la construcción de la persona, sobre todo, para los que crecen sin ser mirados, sin ser vistos.

La mirada, como nos dijo hace pocos meses Carlos Pitillas, es el primer canal de intercambio social y el más primario y rápido. Es la forma de saber cómo está el otro, que es lo que piensa, su estado mental, su intención. Estamos preparados desde muy pronto para acoger la mirada².

² Cfr. Carlos Pitillas, Homenaje a Javier Hugo Martín Hugo, 4 de febrero de 2022. https://tv.comillas.edu/media/Acto+acad%C3%A9mico+de+homenaje+al+profesor++Javier+Hugo+Mart%C3%ADn+Holgado/1_toz6zyze. Seguimos las ideas de su intervención en este punto y le agradecemos sus aportaciones bibliográficas.

Los neonatos de cuatro días de vida ya son capaces de discriminar un rostro o una fotografía con los ojos abiertos de un rostro con los ojos cerrados. Nacemos, probablemente, con un mecanismo neuronal para detectar estímulos similares a los ojos en el medio (Batki et al., 2000, pp. 223-229). Los recién nacidos diferencian entre una mirada directa y una mirada desviada en los rostros, miran más tiempo a un rostro familiar y perciben leves diferencias de mirada cuando se dirigen a ellos (Guellai et al., 2020). A los tres meses de vida ya son capaces de capturar levísimas variaciones en los ángulos de la mirada de los padres que provocan cambios en la dirección de su mirada.

Con un año de vida somos capaces de dirigir la mirada y atención hacia un sitio que está siendo mirado por los ojos de otra persona. Es el comienzo de una consciencia que detrás de los ojos de una persona hay una mente que se preocupa por cosas y esto hace que nos interese por las mismas cosas (Shepherd, 2010). Muy pronto las madres y los bebés son capaces de coordinarse visualmente tiempos prolongados. Cuando ocurre, la tasa cardíaca tiende a regularse. Sería, como señaló hace un par de meses Carlos Pitillas en el homenaje a Javier Martín Holgado, un primer y básico mecanismo de regulación emocional en el contacto con sus figuras de apego. El corazón se estabiliza en una tasa equivalente a la que tiene la madre. De ahí la importancia de la mirada para fortalecer los vínculos tempranos (Pitillas y Berástegui, 2018).

Las madres que disfrutan más con la maternidad pasan hasta cinco veces más tiempo conectadas visualmente con sus hijos, especialmente cuando se sienten mal los niños. Las personas con autismo, en cambio, tienen dificultad de leer –ver– las señales del otro, seguir la dirección de la mirada de otra persona o reconocer al otro (Emery, 2000, pp. 581-604). Los niños con padres desbordados, los niños no esperados o institucionalizados que crecen sin ser bienvenidos, están anclados en una «mirada de vacío», que les dificulta comprometerse con proyectos vitales. Los niños de madres con depresión post-parto, tienen menor nivel de actividad en la interacción con la madre, adoptan el comportamiento depresivo de sus madres, despliegan menos cambios entre mirar a la madre y mirar a cualquier lugar, tienden a mirar menos (Vaever et al., 2015). Los niños hiperagresivos utilizan la violencia como estrategia para confirmarse a sí mismos, para provocar el castigo de los demás y ser mirados, sentirse vivos (Willock, 1986).

La mirada, en fin, se dirige a los ojos de la cara, a la mirada directa, a la mirada detenida, a la mirada que mira y nos arrastra, a la cara de la madre a los dos meses, a la mirada que no se desvía. Es una mirada que a los tres meses diferencia categorías de raza y género, que a los seis meses discrimina

caras de su propia especie y de otras especies (Pacalis, 2002; Kelly, 2005). La mirada naciente busca la mirada, se ancla en otra mirada.

3. CRECER EN LA MIRADA

La identidad, para Erik Erikson (1902-1994), es una definición de sí mismo, implícita en gran parte, que el ser humano elabora en el camino a la adultez, pero que sigue redefiniendo a lo largo de la vida (Erikson, 1973; Hortal, 1994, pp. 63-66). De modo un poco simplista, nuestra cultura moderna tiende a perfilar la identidad como una emancipación del individuo sobre el horizonte de la sociedad. La persona construye y define su identidad, pero si algo hemos aprendido en estos dos últimos siglos es que tiene que negociar con su entorno social, pues no posee plena voluntad para construirse como quiera. El reconocimiento y la mirada del otro es esencial para una identidad lograda. El individuo tiene necesidad, para ser él mismo, de ser reconocido y ese reconocimiento pasa por la mirada.

La mirada, cuando crecemos, es esencial para coordinarse, colaborar y desarrollar planes comunes, para jugar y explorar el mundo con otros, para sobrevivir y trabajar, para vivir de forma compartida. Este paso del yo al tú en el pensamiento moderno se da ya con Jacobi (1743-1819), quien en una carta en 1781 escribe: «Abro mi ojo o mi oído, extendiendo mi mano, y siento inseparablemente en el mismo instante: Tú y Yo, Yo y Tú». En una obra posterior reiterará su intuición: «¡Fuente de toda certeza: Tú eres y yo soy!» (Díaz, 1990, p. 51). La mediación del otro en el yo se recupera desde la inmediatez de un ojo que se abre. La apertura humana a la realidad comienza al abrir los ojos.

Fichte (1762-1814) afirmó en 1797 que «la conciencia del individuo está acompañada necesariamente por otra, la conciencia del Tú, y sólo bajo esta condición es posible». El amor, deber universal, sólo puede realizarse si hay otros que están ante nuestra mirada (García-Baró, 1994, p. 702). Si el amor plenifica, nuestra mirada está siempre inclinada al otro, es siempre salida, exterioridad, búsqueda.

Hegel (1770-1831), en su famosa dialéctica del amo y del esclavo, desarrolla su impactante análisis del reconocimiento. Hay en el ser humano una radical insuficiencia para constituirse a sí mismo, para definirse por sí mismo. Necesitamos el reconocimiento libre de los otros. No vale cualquier aprobación, cualquier mirada sumisa. La autoconciencia requiere el reconocimiento de otra autoconciencia. Sólo gracias al otro puedo llegar a ser yo.

Pero en la vida hay una «lucha a muerte por el reconocimiento», por captar la mirada. El que teme morir, cede y se convierte en esclavo, reconoce al otro como señor y trabaja para él. Pero Hegel señala como en la relación cambian las cosas. El reconocimiento del esclavo no tiene valor alguno pues carece de libertad. La mirada del adulator, del dominado, del pagado encierran al amo. Además, el esclavo por su trabajo acaba por imponerse entre el amo y el mundo. El señor se relaciona con el mundo a través del siervo. El amo, al no trabajar, pierde la inmediatez y el contacto con la realidad. Ya no ve el mundo, ya no ve la realidad. El esclavo, poco a poco, irá consiguiendo su libertad por medio del trabajo, por medio de luchas y desgarramientos interiores que llevan al amo a reconocer al esclavo, a liberar su mirada (Hegel, 1966, pp. 113-121). Hegel así describió la dialéctica, la lucha, la alienación en la mirada que tan bien caracterizan una parte de la vida humana.

Marx (1818-1883) negaba la autonomía de las ideas con respecto a los condicionamientos sociales, materiales, económicos, las relaciones de producción. Es una teoría sociológica más que filosófica. «No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad; por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia» (Marx, 1987, Prol.). Nuestra mirada está alienada, determinada por las estructuras sociales y económicas, por la ideología dominante. Sólo la conciencia de nuestros condicionamientos nos permite «ver» la realidad material tal cual es, porque permite despertarnos, descubrir que somos conciencia que nace de una serie de relaciones y comunidades.

Husserl (1859-1938) en sus lecciones de 1905 distingue ya la primacía de la percepción sobre las representaciones o actualizaciones del objeto:

aquí la percepción es aquel acto que coloca «ante la mirada» algo como es en sí mismo, en su ipseidad, es decir, el acto que «constituye» el objeto «originariamente». Lo contrario de ello es la actualización o re-presentación, siendo aquel acto que no coloca ante la mirada el objeto en su mismidad, sino que lo «hace presente», lo coloca a modo de símil ante la vida, aunque no siempre en el modo de una conciencia imaginaria propiamente tal (Husserl, 1957, 89).

La percepción y la mirada nos pueden colocar ante una realidad originaria, en sí misma.

M. Merleau-Ponty (1908-1961) recupera en profundidad lo que supone la percepción y la mirada para la filosofía. La percepción es un acto en que los objetos y los estados de los objetos están presentes «en persona», en «carne y hueso», incluyendo tanto la experiencia exterior como también la percepción inmanente. Hay una primacía de la experiencia perceptiva corpórea. La percepción es el fenómeno original para nuestro acceso al mundo y medio de comunicación inesquivable del sujeto con su propio cuerpo y los otros.

La percepción es el trasfondo u horizonte sobre el que se destacan todos los actos, un panorama del que van emergiendo los actos que son objeto de nuestra mirada (Merleau-Ponty, 1957).

La percepción es una forma de existir que tiene tres dimensiones. Es una realidad «dinámica» que expresa la actividad estructural del sujeto encarnado en su coexistencia con el mundo. Es una realidad «relacional» que mantiene unidos al sujeto y al objeto, al ser humano y su entorno. Es una «conciencia» comprometida, que actúa y mueve (López Asensio, 2005, p. 101).

La mirada de varios sujetos ante un objeto en el que ven y sienten perspectivas distintas lleva a percibir la estructura total del objeto y tener conciencia de percibir una realidad existente más allá de los contenidos sensibles. Cabe una verdad intersubjetiva percibida por los sujetos. Pero mirar no es únicamente completar información que nos llega a nuestros sentidos con recuerdos, sino que es también prestar atención a todo aquello que emerge ante nuestros ojos. Percibir es ver. No es sólo un acto del sujeto, sino un acontecer que ocurre entre el que ve y lo visible. La visión es «como el arquetipo de todo encuentro originario» (Bech, 2005, p. 232). Ver no es percibir una realidad, sino descubrir lo que emerge, encontrarse con la realidad.

Pero en la percepción, es necesario «que el objeto no se dé enteramente a la mirada que se posa sobre él y guarde en reserva aspectos a que la percepción presente tiende, sin poseerlos» (Merleau-Ponty, 1957b, p. 294-295). La realidad solo puede ser objeto de un perspectivismo de la percepción, pues se exhibe en modos de aparecer, ninguno de los cuales es apariencia absoluta. Nunca vemos todo, nunca, por ejemplo, podremos ver nuestros ojos, aprehender su movimiento, su expresión viviente. Siempre queda un horizonte abierto.

La mirada es una actividad corporal que se funde con la presencia del objeto percibido. Lo que nos rodea está «manchado» por nuestra corporalidad, dota de significación a las cosas. Con la mirada vivimos hechos individuales, pero también llegamos a significados compartidos. La mirada, por tanto, no sólo es acceso a lo real, no sólo encuentro original, sino posibilidad de significado compartido.

En Jean Paul Sartre (1905-1980), el otro con su mirada me roba el mundo. El otro es un infierno cuya mirada es alienante. Miramos deseando alcanzar un fin, un espectáculo a ver, un perdernos en el mundo, como la tinta en el papel. El fin que tenemos organiza todo. Los medios existen en relación con el proyecto de mis posibilidades. Para Sartre no soy conciencia posicional de mí mismo pues «soy lo que no soy y no soy lo que soy». No puedo definirme por una posición, no puedo conocerme pues mi propio ser «se me escapa» y yo soy ese «mismo escaparme a mi ser», no soy nada, no hay nada que

envuelve. La vergüenza –mirar desde abajo– o el orgullo –mirar desde arriba– me revelan la mirada del prójimo y a mí mismo en el extremo de esa mirada. No hay mirada horizontal. El otro mira y juzga. El otro entra, aliena, abarca mi ser. Con la mirada ajena, la situación se me escapa y ya no soy dueño de la situación. La aparición del otro hace aparecer en la situación un aspecto no querido por mí, del cual no soy dueño y que se me escapa por principio. «Por la mirada ajena, me vivo como fijado en medio del mundo, como en peligro, como irremediable. Pero no sé ni quien soy ni cuál es mi sitio en el mundo, ni que faz vuelve hacia el otro ese mundo en el que soy». La mirada del otro es la de un juez omnipresente que nos juzga en cualquier instante desde su pura y total libertad, es reflejo de una presencia de un sujeto que puede enfrentarse a nuestros proyectos y libertad, una amenaza, un temor, una intromisión (Sartre, 1989, pp. 287-299).

Emmanuel Levinas (1906-1995) plantea que la responsabilidad ante el otro se impone al ser humano, no es una decisión del sujeto. La responsabilidad precede a nuestra libertad pues el otro me concierne, soy responsable y rehén de él. Me basta «ver» su rostro para sentirme atado a él. Es una moral espontánea. «Ver» el rostro del otro cuestiona y despierta al yo, me recuerda mis obligaciones, me juzga, me interpela desde su trascendencia y exterioridad. Con la mirada, salgo a su encuentro, salgo de mi yo. La ética sólo es posible desde las ruinas de un egoísmo que solo se preocupa de sí (Levinas, 1987; González R-Arnáiz, 1988).

El Otro, para Levinas, solicita y llama, provoca, cuestiona, convoca, despoja, genera la libertad, abre a la dimensión anárquica de la realidad, es distancia, trascendencia, altura, posibilidad de hermano o prójimo. El rostro del otro es la manera en que el otro se revela a sí mismo, es la exterioridad de su ser, es el centro del otro, de su cuerpo. El rostro está expuesto, amenazado, invitando, está desnudo, es audición y palabra, es miseria, es menesteroso, sin defensa, es súplica y exigencia de justicia, es persona.

El «cara a cara» es una relación ética que llama a la libertad y responsabilidad, es una relación en que se mira al otro. Para reconocer al otro no hay que hacerse un concepto, sino hablar con él, escucharle y mirarle. Su epifanía, «su visión» del rostro, su exterioridad y alteridad absoluta, su ser absolutamente extranjero, es un límite a mi libertad, a mi poder sobre él. Por eso, el rostro se abre, se presenta personalmente. Como afirma tantas veces Levinas, para tener una relación con otro no hay que objetivar ni describir. El rostro está desnudo, ofrecido, expuesto, sin defensa, habla y exige que se le responda. El rostro es fragilidad e indignancia, exposición y desnudez. El rostro habla, se presenta, se manifiesta, llama, apela, se expone, abre su miseria, invoca mi libertad, hace nacer mi libertad, promueve mi libertad

al suscitar mi bondad, me interpela, convoca, obliga, me llama a responder. Por eso demanda una mirada.

La responsabilidad nace al «ver» el rostro del otro pues somos «guardianes de mi hermano» por la fraternidad. Desde que el otro «me mira», soy responsable. El otro se acerca «esencialmente» a mí y me siento responsable de él. La hospitalidad es la responsabilidad ante los otros cuerpos. Cuidar al otro es recuperarle, rescatarle de su vulnerabilidad. Es una responsabilidad de no dejar al otro solo, tirado al borde del camino. La persona acepta «la visitación» del otro, no se cierra al encuentro. En su mirada no ve solo una patología, una enfermedad, sino una persona con una serie de relaciones y valores, alguien único, inexpressable.

Levinas nos recuerda que las personas son carne y sangre, son rostro y herida, y que gracias a la mirada y la sensibilidad podemos acogerlas o desentendernos de ellas. Es la primera decisión y apertura: mirar o no mirar. Octavio Paz, en su poema *Primavera y Muchacha* describe esa apertura de la mirada: «tu cuerpo se abre como una mirada/ como una flor al sol de una mirada/ te abres/ belleza sin apoyo/ basta un parpadeo».

Estas migajas filosóficas nos muestran la riqueza de la mirada como puerta de entrada, encuentro original, amor al otro, responsabilidad originaria ante el rostro del otro y las heridas del otro, creación de significados compartidos, pero también como lucha por el reconocimiento, como alienación, como intromisión.

4. LA MIRADA EN LA MITAD DE LA VIDA

Manolo no fue un psicólogo, ni un filósofo, pero tuvo siempre una mirada limpia, amplia y honda. Entraba tan rápido en la vida de uno, como en el despacho, como en una conversación, como se involucraba en un congreso, una conferencia o una fiesta.

A Manolo le preocupaba el rechazo, la exclusión y las pérdidas sociales, esas experiencias sociales tan dolorosas que se incrustan en la existencia que marcan la vida. A Manolo le preocupaban los invisibles (los no mirados), los desanimados (los mal mirados) y los marginados (los arrojados fuera de la mirada) de la sociedad. Como al filósofo canadiense Charles Taylor le preocupaba el reconocimiento de todas las personas y la superación de los falsos reconocimientos y de las ausencias de reconocimiento (Taylor, 2010). Le rebelaban las miradas distorsionadas, unilaterales, hirientes, humillantes.

A Manolo le inquietaba la invisibilidad social –no ser visto–, los factores sociales que promueven la invisibilidad social y subrayaba, como ciertos investigadores hoy, la importancia de una nueva mirada social desde la empatía y la experiencia interpersonal en la visibilidad social (Taipale, 2016, pp.13-25). Manolo sabía el dolor de tantas historias de no mirada y ser mal mirados, del sufrimiento de tantos alumnos que sentían su cuerpo mal hecho y mal mirado –deforme o discapacitado–, de existencias maltrechas que buscaban esconderse y perderse de toda mirada, de miradas obsesivas que están siempre fijas y atascadas en lo negativo por ser tan mal mirados desde la infancia, de alumnos vacíos y sin relaciones, ausentes de toda energía vital, de alumnos desestructurados y desarmados. Manolo sabía y vivía que el deseo de vivir se sostenía en que alguien te ha mirado. Por ello su mirada compasiva, entusiasmada, amable curó a tantas personas con su testaruda cercanía. Esto fue lo que más fascinaba de Manolo, lo más conocido, lo más evidente, lo más luminoso, pero no lo más fácil, pues como decía Goethe: «¿Qué es lo más laborioso? Lo que parece fácil: poder ver con los ojos lo que a la vista tienes».

Manolo con su vitalidad siempre enfrentaba con su luz a las tinieblas. Jorge Luis Borges, que terminó sus últimos años ciego, en *La pesadilla*, nos habla de la mirada muerta: «De hierro es la corona y muerta la mirada...No me arroja una mirada su mirada ciega». Manolo siempre encontró su lugar y puso luz al lado de los de mirada ciega, muerta, perdida, rota.

5. MIRAR AL FINAL DE LA VIDA. DEL MIRAR AL VER

Nacemos, como dice Fernández Martos, con ojos, pero no con mirada. Miramos, pero no vemos. Para ver hace falta sintonizar el corazón con lo que los ojos nos acercan. La cercanía de la muerte es quizás un estrechamiento doloroso de la vida para mirar y ver las cosas de otro modo, desde lo hondo y lo profundo (Fernández-Martos, Aleixandre, 2015).

Pero nuestra sociedad del bienestar intenta evitarnos toda experiencia dolorosa y desagradable y nos programa para evitar toda situación de vulnerabilidad. Nos alejamos instintiva e inconscientemente de la muerte, del sufrimiento, pero el final llega (Torre, 2012). ¿Cómo cambia la mirada al final de la vida? ¿Cómo le cambió la mirada a Manolo?

La mirada al final de la vida supone el coraje de abrir la caja de los truenos, la puerta de la habitación del sufrimiento propio y de los otros y no pasar de largo. No es sencillo mirar la caja de Pandora del miedo y la angustia

(Cassidy, 2001). No se trata de tomar calmantes y antidepresivos, no se trata de internalizar tantas frases hechas (sé fuerte), salidas airoas, consejos imposibles de cumplir (no llores, no estés triste, no reacciones así).

La mirada al final de la vida se transforma con otras miradas. Con la mirada del que acompaña, del amigo y del amante, que abre surcos y recoge lágrimas, surcos para que mane el dolor de lo hondo y cuencos para que se derrame el agua del sufrimiento. Es una mirada que lleva al acompañante al desierto, donde nadie quiere ir, donde la cultura no quiere habitar, pero donde está el otro.

5.1. LA MIRADA ALTERADA

Cuando supo la noticia, al poco tiempo hablamos largo y tendido en mi despacho (estación de paso hacia su despacho al final del pasillo), en el hall y en Don Benito. En los pasillos me contaba lo que le preocupaba su familia, sobre todo, sus padres y sus hijos. Cómo decírselo, si decírselo todo, si decirles parte, si decírselo suave y dulce, pero siempre decírselo cara a cara, mirando sus ojos desde sus ojos. Manolo funcionaba rápido con esa cabecita, a todo le daba vueltas, con energía, penetración.

Quedamos con él en agosto en Don Benito, mi mujer y yo. Estuvimos más de una hora de tertulia animada en una terraza de «la Avenida». Unos pequeños insectos caían de los árboles y nos cambiamos de mesa. Hablamos de sus clases, que tenía muchas seguidas un día. Me ofrecí a ayudarle si quería con alguna. Hablamos de la atención médica y los diversos tratamientos. Su mirada estaba fuera planificando, organizando, como iba a llegar a «todo», a sus hijos, a sus padres, a los alumnos, a los horarios familiares, etc. El Director de Departamento y el magnífico organizador que era Manolo no podía dejar de intentar que todo saliera bien. Tenía una mirada para todo y para «todos».

5.2. LA MIRADA DEL GUERRERO

Fue en La Paz. En oncología. Estaba en un sillón sentado al lado de la cama. Acababa de salir del baño, aseado. Estaba fuerte después de varias semanas en el hospital. Quería luchar. Sobre uno de los muebles de la habitación, reposaba un casco de la Guerra de las Galaxias que le habían regalado. Chateaba, contestaba al teléfono. Yo le llevé un libro ligero, una novela de viajes para soñar. No acerté mucho, pues no eran tiempos de letras.

Le habían operado. Tenía la cara diferente. Las marcas de la cirugía habían desfigurado levemente su rostro, pero sus ojos vivos y limpios seguían marcando la cercanía de su rostro, presidiendo su cuerpo, reinando en su alma. Su cara estaba ya mutilada, rota, partida, no íntegra, pero parecía todo normal, disimulada elegantemente con una barba bien cuidada.

Su mirada, una vez metidos en tertulia, era de enfado suave, de cabreo contenido, de luchador, de búsqueda en internet de las posibilidades de tratamiento, de desafío, de combate, de fuerza, de mirada penetrante, de contestación y de interrogación a la vida y a la existencia, de súplica y protesta a Dios, a la medicina, a su cuerpo. Su mirada era abierta, inquieta e inquisitiva, de búsqueda de luz.

María lloraba fuera cuando la llamé por teléfono. El susto en el cuerpo todavía no lo había digerido. María iba por delante de Manolo. Miraba temblorosa en la distancia, serena en la cercanía a Manolo y a los amigos.

Eran las miradas del comienzo. Manolo no quería dejar de lado ninguna posibilidad. Otro día en los pasillos Comillas, me habló de medios alternativos, de homeopatías. Yo le decía que efectivamente somos algo más que un simple cuerpo, que a veces algo ayudan, pero que la batalla principal se realizaba en la medicina y en la actitud personal. Tenía la mirada encendida, elevada hacia las estrellas en mitad de la batalla incierta.

5.3. LA MIRADA BAJA

Fue en el *hall* de entrada en la universidad. Hablamos largo y tendido de la posibilidad de morir. No quería ser una carga para nadie. Me preguntó. Le hablé del centro de los Camilos en Tres Cantos. Me dijo que quería hablar conmigo hace tiempo. Supongo que detrás decía que quería hablar de qué hacer si la muerte llamaba. Estaba entero, con energía, pero también un poco doblado por el tiempo de quimio, por los resultados que no remitían al cáncer. Hablaba con paz, sin temor, pero con pena. No quería irse, morir, pero sabía que podía ocurrir. Su mirada estaba detenida. Había cambiado. Estaba ya inclinada, caída, como dando vueltas, pero sin dejarse arrastrar por la pena. «Estaba tocado, pero no hundido». Estaba cansado de luchar con la enfermedad, con el destino incierto, con Dios. Se había acostado absorto entre el misterio de la vida. Lo que Dios quiera. Se había abandonado sabiendo que todas las potencias de la medicina, de la quimio, de los curadores y de su fuerza no eran omnipotentes.

María no estaba. Manolo pensaba en ella, pensaba en sus hijos, pensaba en sus padres. Ya estaba más allá de su enfermedad. Había cruzado en gran

parte su piel para ponerse, como siempre hacía, en la piel de su familia y sus amigos. Era el momento de la retirada.

5.4. LA MIRADA ALTA

Estaba perdido. Ya estaba atrapado por ese maldito cáncer. Parece que avanzaba. Parece que la medicación no llegaba, que ese milagroso tratamiento no era la solución. «La cosa no va bien, nada bien» decía. Había cambiado la dirección del viento. Los días buenos y malos se alternaban, en casa y en cuidados paliativos. Me dijo que le ayudaba la imagen del «soldador» que solía utilizar en mis charlas y la importancia al final de la vida de encontrar un hilo, soldar y narrar los distintos fragmentos de la vida. Estaba ya mirando desde lo alto de la vida de su montaña, grandioso, su vida entera.

Más que nadie se anticipaba. Había que organizarlo todo para el final, pero no dejaba de estar pendiente de sus hijos, preocuparse por sus exámenes, preguntar por los cambios en la Universidad, atender a este mundo herido por la pandemia. Incluso me pidió y se animó a leer un pequeño libro que escribí sobre la pandemia (Torre, 2020). Estaba como en dos mundos. Ya no cogía el teléfono, ya casi no contestaba el *Whatsapp*. Estaba ya sólo con su familia y unos pocos, muy pocos amigos. Su mirada estaba en lo alto, ida, distraída muchas veces. Vivía detrás de su mirada.

María era su voz. María nos contaba y nos llamaba. Ahora ella era la que organizaba su vida, sus entradas y salidas, su agenda y sus excusas, su palabra y su silencio.

5.5. LA MIRADA HORIZONTAL, LA ÚLTIMA MIRADA

Nueve días antes de morir fui a verle. Ya era todo mirada, todo escucha. Sus palabras eran asentir. «Pues bien», «perfecto», «eso es». Todo era mirar a María. María introducía, acompañaba nuestras palabras. Sentí como Manolo le decía a María esos bellos versos de Luis Rosales en *Memoria del tránsito*: «pon calma en los ojos míos».

Estaba dormido casi todo el día. Le despertó suavemente. Era poco antes de comer, como a las 12. Hablamos, pues le preocupaba a María, de sus últimas voluntades de morir en un hospital, en los Camilos, de no agotar a su familia. Necesitaba ayuda para irse a lavar, al baño y le ayudaban sus hijos. Pero, Manolo estaba bien todavía, ellos querían estar a su lado y él quería

estar con ellos. No era el momento de dejar el hogar. ¡Estaba tan bien en la cama en su salón! ¡Estaban tan cerca toda la familia!

Manolo estaba en paz, respiraba tranquilidad, estaba como un niño. Dobló sus piernas. Le acaricié un poco las rodillas. Le conté algún chascarrillo, pero sobre todo le dije lo generoso, bueno, motivador, animador, impulsor que era. Cuando me despidió me siguió con la mirada. Como siempre, él sabía mucho mejor que yo que se estaba despidiendo. Yo ni me lo imaginaba, pensaba poder volver a encontrarme con él.

María estaba agotada, pero con la felicidad de quien entrega todo y lo que merece la pena, como los grandes santos, como una gran mujer. Nos dimos un gran abrazo y lloré al salir. En esos momentos recordé las palabras de Sidney Carter:

Ninguna revolución llegará a tiempo/ de cambiar la vida de este hombre/ excepto la sorpresa/ de ser amado. / No le interesan los derechos civiles,/ el neomarxismo,/ la psiquiatría, / ni ninguna clase de sexo./ Sólo tiene doce horas más de vida, / de modo que no le importan/ la cura del cáncer, el tabaquismo, la lepra/ o la osteoartritis./ Sobre este cero a la izquierda para la sociedad/ derrama tu precioso crisma,/ pon en evidencia/ y riete/ de la gravedad obsesa y cronométrica/ de nuestra economía./Lava los pies/ que mañana no caminarán. / Ven levedad de amor, muéstrale, muéstrame, / en este último peldaño del tiempo, / la eternidad. (Cassidy, 2001, 46-47)

Pedro Salinas, en uno de sus mejores poemas, expresa la alegría de vivir «sintiéndose vivido» y de «morirse en la alta confianza, de que este vivir mío no es sólo mi vivir: era el nuestro. Y que me vive otro ser más allá de la no muerte» (Salinas, 1989, p. 50). Esta fue la forma de morir de Manolo. Morir, hundirse y descansar en los ojos de María.

Amado Nervo en *La puerta* habla de una «mirada incierta/ que me devuelva/ a la mujer que salió por la puerta». A María se le ha ido Manolo por la «última» puerta y su mirada no se ha quedado incierta sino llena de pena y dolor, «última forma de amar». Es una mirada última, trascendida, desde los adentros, que busca su mirada en tantos gestos del mundo, para volverle a encontrar. Puede que no le encuentre como antes, pero es que María, cuando la vemos y la abrazamos, nos trae un fragmento de la mirada eterna de Manolo. En ella están sus ojos. ¡Lo lleva tan dentro!

5.6. DESPEDIDA

El final y el comienzo de la vida se funden en una mirada que abre y otra que cierra, una mirada que se sigue y una mirada que despide, una mirada que emerge y una mirada que sumerge, una mirada que nos da paz y una

mirada que llega al corazón, una mirada directa y de ojos abiertos y una mirada que cierra otros ojos, una mirada familiar y una mirada de pareja, una mirada que se coordina y juega y una mirada que se va y desconecta.

El otro y la mirada al otro nacen juntos de un éxtasis original. La separación nunca es completa y la fusión nunca es total, pero lo cierto es que con una mirada somos despojados del ensimismamiento. No vemos del todo. Vivimos entre lo visible e invisible. Pero en la unión de dos miradas, puede darse una unión entre dos mundos que no se distinguen más que por un ligero desencaje. El otro no está ante mí, sino que en él me descubro envuelto. El otro no me roba el mundo, sino sostiene mi vivir en el mundo y también, y esa es la locura extrema, «nuestro» vivir más allá la muerte.

REFERENCIAS

- Batki, A. et al. (2000). Is there an innate gaze module? Evidence from human neonates. *Infant Behaviour & Development*, (23), 223-229.
- Bech, J. M^a (2005). *Merleau Ponty. Una aproximación a su pensamiento*. Anthropos.
- Cassidy, S. (2001). *Compartir las tinieblas. Espiritualidad de la atención al enfermo*. Sal Terrae.
- Díaz, C. (1990). *Introducción al pensamiento de Martin Buber*, Instituto Manuel Mounier, Clásicos Básicos del Personalismo, n°1.
- Emery, N. J. (2000). The eyes have it: the neuroethology, function and evolution of social gaze. *Neuroscience and Behavioral Reviews*, (24), pp. 581-604.
- Erikson, E. (1973). *Infancia y sociedad*. Buenos Aires: Hormé.
- Esquirol, J. M^a (2006). *El respeto o la mirada atenta. Una ética para la era de la ciencia y la tecnología*. Gedisa.
- Fernández-Martos, J. M^a, y Aleixandre, D. (2015). *Caminar años arriba*. Sal terrae.
- García-Baró, M. (1994). La filosofía judía de la religión en el s. XX. En M. Fraijó (Ed.), *Filosofía de la religión*, Trotta.
- González R.-Arnáiz, G. (1988). *E. Levinas: humanismo y ética*. Cincel.
- Gracián, B. (2003). *Oráculo manual y arte de la prudencia*. Cátedra.
- Guellai, B. et al. (2020). Premises of social cognition: Newborns are sensitive to a direct versus a faraway gaze. *Scientific Reports* 10:9796.
- Hegel, G.W.F. (1966). *Fenomenología del Espíritu*. FCE.
- Hortal, A. (1994). *Ética I. Los autores y sus circunstancias*. Universidad Pontificia Comillas.
- Husserl, E. (1957). *Fenomenología de la conciencia del tiempo inmanente*. Buenos Aires: Nova.
- Kelly, D.J. et al. (2005). Three-month-olds, but not newborn prefer own-race faces. *Developmental Science*, 8(6), F31-F36.
- Levinas, E. (1987). *De otro modo de ser, o más allá de la esencia*. Sígueme.

- López Asensio, J.J. (2015). *Cuerpo y sexualidad según Juan Pablo II en relación con la fenomenología de la corporeidad de Maurice Merleau-Ponty*. [Tesis doctoral]. Facultad de Teología. Universidad Pontificia Comillas, Madrid.
- Marx, K. (1857). *Contribución a la crítica de la economía política*. 1857. Prólogo.
- Merleau-Ponty, M. (1957). *Fenomenología de la percepción*. FCE.
- Merleau-Ponty, M. (1957b). *La estructura del comportamiento*. Buenos Aires: Hachette.
- Pacalis, O. et al. (2002). Is face processing species-specific during the first year of life? *Science*, 296(5571), 1321-1323.
- Pitillas C. y Berástegui, A. (2018). *Primera Alianza: fortalecer y reparar los vínculos tempranos*, Gedisa.
- Salinas, P. (1989). *La voz a ti debida*. Alianza.
- Sartre, J. P. (1989). *El ser y la nada*. Alianza.
- Shepherd, S. V. (2010). Following gaze: gaze-following behaviour as a window into social cognition, *Frontiers in Integrative Neuroscience*, vol 4, article 5, 1-13.
- Taipale, J. (2016). Social mirrors. Tove Jansson's Invisible Child and the importance of being seen, *The Scandinavian Psychoanalytic Review*, 39(1), 13-25.
- Taylor, Ch. (2010). *El multiculturalismo y la política del reconocimiento*. México: FCE.
- Torre, J. de la (2012). *Pensar y sentir la muerte*. San Pablo-Universidad Comillas.
- Torre, J. de la (2020). *Los confinados. Manual de resistencia para salir fortalecidos tras el covid*. Perpetuo Socorro-Funderética.
- Vaever, M. S. et al. (2015). Infants of Depressed Mothers Show Reduced Gaze Activity During Mother-Infant Interaction at 4 Months, *Infancy* 20(4), 445-454.
- Willock, B. (1986). Narcissistic Vulnerability in the Hyperaggressive Child: the Disregarded (Unloved, Uncared-for) Self, *Psychoanalytic Psychology*, 3(1), 59-80.